

Homenaje al Dr. Horacio García Romero*

Dr. Raúl F Olaeta Elizalde

* Pronunciado en León, Gto., el 3 de diciembre de 1998

Mis primeras palabras son de agradecimiento, por el honor con que he sido distinguido al invitarme para hablar de un amigo especial: Horacio García Romero.

Ya aquí en el estrado, me pregunto por que recayó en mí el privilegio de decir unas palabras en homenaje a un hombre como Horacio, y sólo hallo una respuesta posible: el más noble y humilde de los sentimientos que nos une, y que se llama amistad.

«Sólo es justo que se alabe, más que a aquél que mucho sabe, al que mucho supo hacer», decía el poeta español Miguel Moreno, e inicio así este homenaje al amigo, porque Horacio ha hecho muchas cosas en la vida, incluidos siete hijos, y también ciencia y arte.

Su interés por la ciencia y las humanidades se mostró desde pequeño, (perdón, pero ¿fue alguna vez pequeño el Dr. García Romero?); nació en la ciudad de México y ya en la secundaria escribió dos comedias en verso.

A los 16 años, dio un concierto de piano en la sala principal del Palacio de Bellas Artes, con la Orquesta de Cámara de la Facultad de Música de la Universidad, interpretando el Concierto No. 1 de Beethoven, mismo que continúa estudiando, a ver si un día lo tocas bien, Horacio.

En su familia le dieron raíces: virtud y buenas maneras, pero también le enseñaron que la búsqueda de la distinción personal era un objetivo correcto. Así pues, el joven Horacio escoge el camino de la ciencia e ingresa a la Escuela Médico Militar, no olvidando los sólidos principios del honor, el coraje, el desinterés, el amor a la verdad y la amabilidad en el comportamiento, que aprendió en su familia.

Así, sirvió al Ejército como médico y se entrenó también en lides políticas y científicas. Fue Director del Hospital General de la Secretaría de Salud en la ciudad de Toluca, cuando tenía apenas 27 años, y en 1960 fue becado para ir al Hospital de Graduados de la Universidad de Pensilvania en Filadelfia, Estados Unidos de Norteamérica, y se entrenó en gastroenterología, nada menos que con el maestro Henry L. Bockus, quien decía de Horacio: «un joven de talento poco usual y ... él es compulsivo y al mismo tiempo agradable».

Como todos los que se arriesgan a hablar desde el fondo de sus convicciones, con un compromiso casi reverencial sólo con ellas, Horacio no siempre ha sido comprendido, ni

apreciado, aunque ha tenido el privilegio de sobrevivir a las reacciones del corto plazo, en donde lo inmediato descalifica, pero se llega la transparencia, y ésta surge cuando el tiempo y la consistencia dan la perspectiva que permite ver la luz que vuelve ciego en la cercanía.

Siempre ha estado interesado en la investigación científica y su metodología, aprendiendo estadística con su padre, el Sr. Ing. Andrés García Pérez, profesor emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México. Hace investigaciones destacadas y calificadas de originales, asimismo ha escrito muchos artículos y libros. Me voy a detener en dos, que nos dan la faceta del artista y el científico: uno «La cultura en el médico. Una guía personal», que incluye una lista comentada de las mejores obras, en la opinión del autor, respecto a música, literatura, pintura y cine (Horacio es cinéfilo). El otro «Principios de investigación médica», que fue el primero en su género en América Latina.

Ha ocupado cargos públicos relevantes, entre los que destacan el haber sido subdirector técnico de la Institución Mexicana de Asistencia a la Niñez (IMAN, ahora DIF: desarrollo integral de la familia), Secretario General de postgrado de la Facultad de Medicina de la UNAM, Jefe de la División de estudios profesionales de la propia Facultad, Director del Hospital 20 de Noviembre del ISSSTE y Gerente de los servicios Médicos de Pémex.

En estos cargos, desarrolló su naturaleza conciliadora, teniendo la antigua fe de Heráclito, de la razón como medida entre los contrarios, que él convirtió en un especial estilo de vida.

Entre las lecciones que nos da la vida de Horacio, es que sólo siendo, se trasciende.

Seguir hablando de sus logros académicos sería muy largo, por lo que les relataré su paso por nuestra Asociación, con su toque de controversia y de poesía. Ingresó a nuestra Asociación en 1964, ocupando diferentes cargos, incluida la dirección de nuestra revista, logrando durante su gestión, la inclusión en el Index Medicus Internacional. En 1982 ocupó la Presidencia, y tuve el honor de ser su tesorero, y lo más importante de su gestión: por primera vez en 10 años se cambia la sede de la Semana Nacional de Gastroenterología, de la ciudad de

México a esta hospitalaria y próspera ciudad de León Gto., con el apoyo de otro de mis entrañables amigos, Ricardo Santoyo y desde luego no sin cierta oposición.

Horacio ha cumplido como médico, como maestro y como investigador.

Pero, ¿recuerdan que narré que escribe en verso desde los años mozos en secundaria? Quiero leer con ustedes un soneto que escribió Horacio, en un pequeño folleto que nos regaló a sus amigos, sobre trivialidades. El soneto dice:

Mi primera es todo
y mi todo, nada.
+Charada antigua+

Nada más quise amarte, y eso es todo.
¡Todo mi afán se disolvió en la nada!
Soy todo tuyo, y tú... como si nada;
nada me quieres y me niegas todo.

Nada falta a que esté loco del todo
y con todo mi anhelo ¡casi nada!
todo he de ser ¡Hasta tu peor es nada!
¡Si no estoy nada mal, después de todo!

¡Piensas que todo mi sufrir es nada
y es nada menos que mi aliento todo!
Estás a todo dar... y no das nada
y por nada has de amarme, lo sé todo.
Nada he logrado, y a pesar de todo
Me entrego todo a ti.

Gracias
¡De nada!

Algo más que viene a mi mente es el pensamiento de José Saramago, cuando dice: «escribir es aprender a ver, se escribe porque se ha visto la palabra que estaba detrás de la palabra. La poesía, mucho más que la expresión dramática o novelesca, es la revelación de la palabra que estaba oculta».

Y Rafael Alberti, en un verso que puede ser umbral de toda obra literaria, escribió:

«Le quité el antifaz a una palabra
y mudos
frente a frente
nos quedamos»

Todos, quienes nos hemos atrevido a escribir algo, conocemos ese instante de mudez casi angustiada.

Y así Horacio, en su afán de SER, de solemnizar un poco a nuestra Asociación, enviando su capítulo

para el libro de la historia de aquella, en verso, y decir en verso lo que se puede decir en prosa. Desde luego no se publicó, pero nuevamente el amigo de Horacio (léase yo, Raúl) escogió tres partes de ese informe: dos sonetos y el final, para que todos lo conozcan. Dice así:

SONETO (en la introducción)

Quiero cantar ¡Oh musa de Cervantes,
de Hipócrates, de Hygia y de Galeno!
sucesos del ayer, tan rico y pleno
de vivencias y logros cautivantes.

Con el sosiego de los caminantes
y la energía de un potro sin freno,
he de fundir lo grave con lo ameno
en ideales matices contrastantes

Quiero arrancar de miel una sonrisa
y he de lograrlo con tu ayuda ¡Oh musa!
ven a inspirarme pronto ¡ven de prisa!
ya ves que a mi cantar le falta todo
—aunque sé que llamarte ya no se usa—
¿Que no quieres venir? —Bueno— ¡ni modo!

OTRO SONETO:

Vuelve mi canto libre y sin escollo
para alabar, realzando mi relato,
a quien logró, con admirable trato,
sacar nuestro congreso del arroyo.

Diez años lo tuvimos en un hoyo
pero saliendo de él, fue a Guanajuato
a abrocharse muy fuerte su zapato
¡y a cimentar la gloria de Santoyo!

¡Tú demostraste con inteligencia
entusiasmo y humana calidad
que es superior gozar la convivencia
lejos, muy lejos de la gran ciudad!

¡Y nos diste un congreso en que la ciencia
brilló bajo el calor de la amistad!

Y en el final dice:

Tropiezos hemos tenido
como toda humana empresa

y de ellos hemos surgido
con más vigor y entereza

Por ello, sin más razón
brota de mi corazón
este grito de alegría
¡Que viva la Asociación
de Gastroenterología!

Final:

Y a ti lector, tu perdón,
Te pido con cortesía.

Y no crean que olvido a esos siete hijos maravillosos y a los nietos, todos con dotes de artista [alguno de sus hijos, (Eduardo), director de orquesta].

Y desde luego no olvido a Gloria, su compañera en espíritu y en cuerpo, ser admirablemente humano, con una voz privilegiada que le permite compartir con Horacio la belleza de la música, pero no como una de aquellas musas inconsistentes, sino como real inspiración basada en ese maravilloso sentimiento llamado Amor.

Muchas anécdotas y muchas pasiones en una vida tan productiva, pero siempre sustentada en tres supremas instancias: la libertad, la verdad y el bien, éste último como sustancia de justicia social que la vincula con el pueblo, en el sentido de que las verdades halladas deben ser fuente creadora de la convivencia equitativa y no opresiva entre los hombres.

Surge ahí su nueva pasión: la bioética... ¿nueva ciencia o nueva palabra?

Bioética implica moral de vida, que no sólo incluye las costumbres del individuo, sino también las de la comunidad, y acepta tres postulados:

- Primero el principio de autonomía: el paciente decide, previa información;
- Segundo: todo el personal de salud buscará el máximo beneficio para el enfermo y la comunidad, y el
- Tercero: es la justicia; todo individuo tiene derecho a la salud.

Y rápidamente Horacio escribe un libro acerca de «El derecho a la protección de la salud de todos los mexicanos», que publicó la Comisión Nacional de Derechos Humanos en 1996, y un artículo acerca de «La justicia distributiva y el derecho a la protección de la salud», en junio de 1998, en donde pone de manifiesto sus ideas al respecto.

Quizás debemos reflexionar en cuanto a los valores morales que tenemos por escribir, respetando la autonomía (y por ende la libertad), la dignidad y la razón de cada ser humano, pues lo escrito hasta ahora, ha sido elaborado por sociedades cuya moral es dudosa.

Lo que Somos habla más fuerte que lo que decimos.

Tú sabes, Horacio, que se puede trascender desde el espacio de la intelectualidad, pero también se puede desde el espacio simple y llano de la paternidad, o de la cotidiana tarea elegida para sobrevivir; se puede trascender publicando libros que serán leídos por muchos, pero también enseñando valores y principios que serán seguidos por quienes nos son cercanos. Eso has hecho tú, Ser y trascender como binomio indisoluble.

Para terminar quiero retratarte en verso, no mío, sino de Rafael Alberti en aquellos versos de: «Abierto a todas horas» y que dice así:

«Éste ha sido estos años mi destino:
no callar y seguir abiertamente,
entre flores y espadas, mi camino.

Yo nunca he sido un viento contra viento;
Pero si un huracán quiere tumbarme,
Resistiré mi desmoronamiento.

No quisiera vivir en escapada,
No me fuera posible aunque quisiera,
Yo soy un hombre de la madrugada,
Comprometido con la luz primera.

Me pide el sol que cante en cada aurora
Y yo no puedo al sol decirle «Espera».

Muchas Gracias.